

LA CONFERENCIA JOSE GIL FORTOUL

LIBERALES Y LIBERTADORES *

Por ARTURO USLAR PIETRI

No encuentro palabras con que agradecer este homenaje generoso y, seguramente, excesivo, que la Academia Nacional de la Historia ha tenido a bien hacerme en esta ocasión tan solemne y tan obligante para mí.

Las palabras que ha dicho el Señor Director, las que ha dicho mi colega, el doctor Polanco Alcántara, las que están impresas en ese libro, constituyen para mí más que recompensa, casi confusión por la desproporción entre lo que soy y lo que allí parezco ser.

Experimento una sensación contradictoria y compleja en la que se mezclan la confusión, la exaltación y la humillación. Me confundo, me exalto y me humillo. Me confundo porque no acabo de reconocerme en todo lo que está dicho allí, y tendría grandes reservas para decir que es cierto. Me exalto porque es un estímulo muy alto para mi obra. Y me humillo porque la desproporción del homenaje con la obra lo impone. Recordando, irreverentemente, una frase que la liturgia cristiana pone en boca del Sacerdote en el momento más alto de su Ministerio, diré simplemente: "No soy digno".

Conmemoramos hoy aquí los 96 años de la fundación de esta gran casa de Venezuela. Cuando digo casa de Venezuela no digo otra cosa que la verdad. Es aquí, acaso más que en ningún otro sitio, donde el ser colectivo de la Nación es el tema de la preocupación y del trabajo, donde la tradición que nos ha hecho y nos ha formado, donde las grandes acciones y las pequeñas acciones, porque de todo esto está hecho el legado de un pueblo, tienen su asiento y tienen su lugar de estudio y de reflexión. La contribución que esta Academia ha dado al conocimiento, al sentimiento y a la apreciación de la identidad nacional es invaluable. No habría con que sustituirla. Y si algún día se hiciera el balance de lo que hubiera sido Venezuela sin esta conciencia viva y activa que aquí está representada, el resultado podría ser dramáticamente diferente.

Y es, además, esta ocasión para mí muy obligante por el hecho de estar signada con el nombre del doctor José Gil Fortoul. Gil Fortoul es uno de los grandes

* Transcripción de la conferencia dictada en la Academia Nacional de la Historia el 25 de octubre de 1984, en el Ciclo de Conferencias "Gil Fortoul".

nombres de la intelectualidad venezolana. Al escribir historia, hizo historia. Nos legó uno de los libros más completos, más exaltantes, más agudos y más informados sobre el proceso venezolano, desde sus orígenes hasta ayer. Yo tuve en mi juventud el privilegio de conocerlo y de tratarlo, y debo agradecerle la simpatía y el afecto con que siempre me trató. Hoy me conmueve particularmente evocarlo aquí en esta ocasión y en esta hora, en una casa que en cierta forma es la heredera de Gil Fortoul.

Señores Académicos:

Se cumplen 200 años del nacimiento de Riego, el General Rafael del Riego que hubiera sido un nombre poco conocido y que un hecho histórico de la mayor trascendencia y en forma inesperada proyectó al primer plano de la historia del mundo hispánico, y lo convirtió en una figura central de grandes acontecimientos.

No es que Riego creara nada que no existía, es que su acción provocó irreversible y activamente un cambio en el devenir histórico para todos los pueblos que pertenecen a esta gran familia. Aquel hombre que nunca vino a América, que posiblemente no tenía una preocupación muy grande por lo que era el mundo americano, se convirtió en uno de los actores fundamentales de la independencia de los hispanoamericanos. Y cuando los hispanoamericanos volvemos la mirada hacia atrás, hacia nuestra historia, hacemos mal en no nombrar y reconocer la gran contribución que Riego prestó a nuestra historia.

Riego era un hombre de su tiempo en el más estricto sentido de la palabra. Lo que conocemos y lo que se repite de él es que el 1º de enero de 1820, estando reunida en el sur de Andalucía una gran fuerza militar que el gobierno de Fernando VII destinaba a aplastar la insurrección americana, Riego se alzó contra este proyecto y esta posibilidad, consiguió que lo acompañara un gran número de fuerzas y detuvo y logró desviar el rumbo de la historia de España y de Hispanoamérica con este gesto. Lo más importante no es que Riego se alzara sino ¿por qué se alzó? ¿cuándo se alzó? y las consecuencias de este gesto, que fueron inmensas a ambos lados del Atlántico. Riego se alza contra el gobierno absolutista de Fernando VII. Se alza para restaurar el régimen y los ideales liberales de la Constitución de Cádiz de 1812, para reemplazar el absolutismo con un orden constitucional de libertades y de derechos del hombre. Este gesto va a desatar de inmediato consecuencias imprevisibles en aquel momento. Lo que parecía un hecho militar circunscrito, una insurrección, posiblemente local y fácil de aplastar, y Riego estuvo a punto de serlo, se extendió por toda España, fue provocando de sitio en sitio reacciones favorables. Numerosos cuerpos militares se sumaron y los hombres de pensamiento liberal alzaron la cabeza y lograron poner fin al absolutismo.

Esto demuestra que Riego fue el agente que provoca y desata todo un proceso que estaba latente en espera de una oportunidad de manifestarse.

Todos tendemos a simplificar la historia y a verla fragmentariamente. Vemos más lo que está más cerca, menos lo que está lejos. Españoles e hispanoame-

ricos hablamos del alzamiento de Riego. En efecto, hubo un alzamiento militar pero además y sobre todo otra cosa. Fue la restauración de un nuevo tiempo histórico para España y para América. Hay que ir más atrás del hecho de Riego y también más adelante del mismo para entender en toda su dimensión el complejo proceso que abarca toda la familia hispánica, pleno de grandes consecuencias, de las cuales acaso la más importante es la independencia de la América española. Todo está involucrado dentro de un mismo curso, dentro de un mismo ciclo de sucesos que son la expresión y la revelación de las fuerzas más profundas y vallederas que han actuado en nuestra historia común en el último siglo y medio.

Como dije anteriormente, Riego era un hombre de su tiempo. ¿Qué quiere decir ésto? Era un hijo de la Ilustración. La trayectoria de Riego es elocuente. Ingresó al ejército español muy joven, cuando ocurre la invasión napoleónica en 1808 y sale a combatir al invasor. Más tarde cae prisionero de los franceses y pasa algunos años en Francia y en Inglaterra. Regresa en pleno absolutismo fernandino y, desde luego, no puede estar de acuerdo con aquella situación y entra en contacto con quienes se proponen detener el curso fatídico de aquel sistema. ¿De dónde le venían estas ideas a Riego? ¿Cómo este joven militar español se convierte en un convencido de las ideas liberales? ¿Qué significa este hecho dentro de la historia de España y de la América hispana? Significa básicamente que España se había venido incorporando lenta pero seguramente y más profundamente de lo que los contemporáneos advertían, al gran proceso de transformación de la sociedad y de la concepción del hombre. Ese gran cambio es la característica del cambio de mentalidad que caracteriza el siglo XVIII, al que llamamos con muchos nombres: la Ilustración, el Siglo de las Luces, o la Era de las Revoluciones. Esas ideas que representaron, como lo dijo el gran historiador francés, Paul Hazard, la crisis de la conciencia europea, se reducen, prácticamente, a dos aspectos: a un cambio completo de perspectivas y de miras con respecto al destino del hombre y a la sociedad, y a una nueva concepción de la posibilidad de un nuevo orden. Como lo dice el mismo Hazard: el hombre de fe es sustituido por el hombre de razón, el hombre sujeto de deberes es sustituido por el hombre sujeto de derechos. No es pequeño cambio, significa una transformación gigantesca, de consecuencias inmensas, dentro de las cuales todavía vivimos. Esas ideas que expresaron los grandes autores de lo que se ha llamado el Enciclopedismo, no se limitaron a una esfera intelectual aislada, sino que llegaron a vastos sectores de la población de Francia y de los países vecinos. Se nutrieron de lo que se nutren todas estas cosas, de esperanzas, de ambiciones, de mitos, de creencias arraigadas en una posibilidad de que el hombre se sobrepase a sí mismo, y constituyeron la gran levadura de toda la historia de la humanidad desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días. De allí arranca el gran fenómeno actual que ha hecho llamar a nuestro tiempo la Era de las Revoluciones. El tiempo en que el hombre ha abandonado las seguridades, las convicciones y los saberes tradicionales, y se lanza a la aventura incomparable y riesgosa de crear un nuevo tiempo e, incluso, de crear un nuevo hombre.

Esas ideas penetraron en España muy temprano. Es posible seguir su curso. Entraron al través de los más ilustres españoles de la época, que las trajeron de Francia. Hay grandes figuras del tiempo de Carlos III y de Carlos IV que las

encarnan, como es el caso de Aranda, o de Floridablanca, o más tarde el caso de Jovellanos, pero no solamente se quedan en ese nivel sino que bajan a otros.

Con la tendencia filosófica del Racionalismo y de las nuevas ideas, va también a extenderse un sistema de coordinación de voluntades, que es el de las sociedades secretas, particularmente la masonería. La masonería y la difusión de las ideas de la Ilustración van juntas. Fue el agente más activo para extender y afirmar los principios de la libertad política y eso no se quedó en el nivel de ciertos intelectuales, de miembros de la clase alta, que habían tenido la ocasión de leer a los nuevos autores y de aceptar como buenas sus ideas. Penetran en otras capas, penetran en la clase media y de un modo inevitable llegan a coincidir con cierto sentimiento popular espontáneo.

Hay otro importante sector de la sociedad de la época en el cual estas ideas penetran también, que es el de los militares.

De una manera simplista solemos creer que, por el hecho de llevar un uniforme, los militares son distintos del resto de los demás hombres, y no lo son, afortunadamente. Están sometidos a las mismas dudas, a las mismas presiones, a las mismas esperanzas. Es lo que va a ocurrir con la difusión de las ideas del siglo XVIII en España.

Hay un ejemplo que para los venezolanos es entrañable. Para el comienzo de la última década del siglo XVIII, estaba en España un joven venezolano que ostentaba el grado de Capitán del ejército español y que se llamaba Francisco de Miranda. Tenemos el testimonio fehaciente de lo que leía Miranda, porque este hombre de curiosidad inagotable fue, además de un gran hombre de acción, un ávido recolector de papeles, de memorias y de datos, y un amante apasionado de los libros. Y entre esas listas de libros que él guardó durante toda su vida, tenemos la de la biblioteca que el joven Capitán tenía en 1780. En ella figuran todos los grandes autores de la Ilustración. Están Montesquieu, Voltaire, Locke, y Diderot, y D'Alembert, y también Raynal, con su visión deformada de lo que era el mundo americano y, desde luego, la inmensa novedad que representa Rousseau. No debía ser una excepción Miranda dentro del medio militar, si la hubiera sido posiblemente lo habrían descubierto y castigado. Era inevitable que hablara de estas novedades con otros oficiales de su igual o mayor grado. Sabemos que se ganó la simpatía de algunos de sus jefes, y resultaría absurdo creer que Miranda era una excepción en este sentido.

Entre los militares españoles había también penetrado el pensamiento del siglo XVIII y el fermento de lo que, más tarde, se iría a llamar, con una palabra muy posiblemente española, liberalismo.

En Hispanoamérica estas ideas penetraron desde temprano. Tenemos el testimonio de los visitantes extranjeros de la época, como De Pons o Humboldt, que señalan la inquietud política, la curiosidad intelectual, el deseo de estar al día, que encontraron en los criollos. Esa situación va a ser la misma en ambos lados del Océano y va a determinar la creación de dos segmentos opuestos y antagónicos dentro de la sociedad de la gran comunidad hispánica: la de los que defienden por razones personales o tradición aferrada el sistema arcaico de la monarquía

absoluta con todas sus implicaciones, y la de los que aspiran en un grado o en otro a transformar esta situación y a establecer un sistema dentro del cual se respetaran la libertad, la igualdad y los derechos del hombre, bajo un régimen de libertad civil y de dignidad humana. Es sobre ese fondo, tan activo y presente, que no podía sino provocar, en muchas formas, divisiones, enfrentamientos y luchas de toda clase en el mundo hispánico, que ocurren los decisivos sucesos de 1808.

Comienzan por ser aparentemente locales y circunstanciales. Había ocurrido la Revolución Francesa y había quienes la veían con horror, y también quienes la admiraban con alegría y esperanza. Su primera manifestación es el motín de Aranjuez, luego, casi simultáneamente, ocurre la invasión napoleónica.

La invasión napoleónica desata un complejo proceso que solemos ver con excesiva simplicidad. Vemos que aquel hombre increíble que era Napoleón resolvió, dentro de sus inmensos planes de dominación, invadir a España. Había algo más en esto, porque Napoleón representaba muchas cosas más allá de la figura de un conquistador. Era un hijo de la Revolución Francesa. Venía de ella y era un heredero legítimo de ella. Restauró, ciertamente, las formas externas de una monarquía pero se cuidó mucho de no repetir el pasado, y por eso la llamó Imperio, con un propósito de novedad y de establecer una especie de Estado romano sui-géneris. Traía las instituciones de la Revolución y esto hizo que muchos hombres de pensamiento avanzado en España vieran con buenos ojos este hecho porque pensaban que era la oportunidad para lograr alcanzar prontamente aquel objetivo de que en España se instaurara un régimen de libertades públicas. Veían en Napoleón el agente involuntario de esa transformación, que por otros medios hubiera sido muy difícil, y esto determina la formación de eso que más tarde se llamó con irrisión y con injusto desdén, "los afrancesados".

La invasión, que ven con buenos ojos los afrancesados, va a tener dos consecuencias inesperadas. Va a dotar a España, por lo menos teóricamente, del primer régimen constitucional de su historia. En Bayona, Napoleón hace reunir a representantes, más o menos legítimos, de España y de Hispanoamérica para que en una Asamblea que se pretendía representativa, instauraran las nuevas instituciones que van a permitir que las luces entren definitivamente en aquel mundo. Y esa Asamblea va a aprobar y a adoptar una Constitución liberal que crea una monarquía constitucional, la primera forma de monarquía constitucional que conoció España. Esta monarquía que representaba a los ojos de muchos españoles, que simpatizaban con estas ideas, un inicio de cambio digno de ser aceptado y apoyado, no fue vista con los mismos ojos por el resto de los españoles tradicionalistas. El pueblo español, que nunca había sido tomado muy en cuenta pero que tuvo a un gran retratista que lo pintó en toda la furia de su desesperado rechazo, que fue Goya, se alza espontáneamente, casi sin jefes, se alza contra los franceses, por una poderosa vocación de defensa de lo propio contra el extranjero. Lo propio en aquel momento no podía ser sino la monarquía, el rey cautivo en Bayona, el rechazo al rey usurpador que Napoleón quiso imponer en la persona de su hermano, José Bonaparte, y contra la dominación extranjera. Esa reacción popular que se extiende a toda la Península y que tiene su gran manifestación el 2 de mayo en Madrid, va a cambiar la situación.

Muchos liberales van a comprender que la actitud popular no permite transacción ni arreglo con el proyecto napoleónico y van a sumarse a esta lucha contra el invasor extranjero. Esta guerra va a ser larga, cruenta, y va a tener consecuencias inmensas.

¿Qué ocurre en el fondo de todo esto? Ocurre el primer colapso, la primera gran crisis de la institución central del mundo hispánico, que era la monarquía castellana. De pronto, inesperadamente, desaparece el rey y aparece en su lugar un usurpador extranjero. El pueblo español se encuentra estupefacto e indignado, y reacciona violenta e instintivamente contra ese cuerpo extraño que amenaza su vida, pero al mismo tiempo los hombres de pensamiento avanzado se encuentran con un problema de muy difícil solución.

Todo el régimen institucional del imperio español y del mundo hispánico reposaba en la institución monárquica. Todos, de un lado y del otro del Atlántico, eran súbditos del rey de España. Se juega mucho con las palabras cuando se dice la colonización española, la dominación española, y no se mira más a fondo el caso mismo. España nunca fue una unidad, posiblemente la primera vez que se habló de una España unitaria fue precisamente a raíz de la invasión francesa. Hasta ese momento, ¿qué era España? Una suma de reinos y de señoríos que tenían una cabeza común en la persona del rey de Castilla, que era a la vez rey de Aragón, y rey de Navarra, y rey de Granada, y rey de Venezuela, y rey de Colombia, y rey de México, y rey del Perú, y rey de la Argentina, y rey de las Antillas. La vinculación de cada una de estas regiones con ese personaje inaccesible era idéntica y la misma, y no había intermediario en esa relación. Esa relación la estableció Carlos V. Fue al comienzo de la conquista cuando de una manera curiosa e inusitada declaró la inalienabilidad de las posesiones americanas, que quedaban perpetuamente vinculadas a la corona de Castilla. Ese era el vínculo verdadero, y es el que se rompe en 1808. Se rompe porque quien lo representa desaparece para surgir en su lugar la figura de un usurpador. El pueblo español reacciona y esa reacción determina la creación de una nueva institucionalidad improvisada con la creación de las Juntas, que por fin terminan por ser la Junta Central, pero en Hispanoamérica el caso es igual. Si leemos con detención el Manifiesto del 19 de abril de 1810 en Caracas, allí está toda esa argumentación clara. ¿Qué dicen ellos? Dicen, sencillamente, que se ha roto el vínculo que los unía con la corona española porque el representante de los pueblos, el propietario legítimo de esa altísima dignidad ha desaparecido, por lo tanto, ellos, mientras se restablece el vínculo con el rey legítimo, asumen la soberanía. Eso hicieron las Juntas españolas, eso hizo la Junta de Caracas en 1810, y eso hicieron las otras.

De modo que es un movimiento que nace de una estructura muy peculiar que reposaba en el rey. Pero, desde luego, no todos los españoles ni todos los hispanoamericanos compartían esta devoción personal por la figura del rey y eran partidarios de una monarquía absoluta al estilo medieval. Habían adquirido muchas cosas, se habían difundido muchas ideas nuevas, había habido grandes ejemplos como la Revolución Inglesa del siglo xvii, como la Americana hacia el final del siglo xviii, como la Revolución Francesa, que fue la culminación de todo este proceso, y no era posible que siguieran viendo la situación de España con los mismos ojos. Podían pensar en conservar la monarquía, pero una monarquía cons-

titucional que respetara las autonomías y que fuera el vínculo visible entre ellas, y ese vínculo era el que había quedado roto con los sucesos de 1808.

La reacción contra el invasor no va a borrar la división ideológica. No hay reconciliación posible entre liberales y absolutistas. Los partidarios del Antiguo Régimen, de la restauración pura y simple del sistema de gobierno que habían venido practicando los reyes de España y que tuvo su más nefasta representación en Fernando VII. Los liberales que han tenido un papel preponderante —civiles y militares— en todo el proceso de la lucha anti-napoleónica, van a culminar en un gran hecho histórico, que es la promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812. Allí se proclama una estructura de derecho que reconocía la soberanía del pueblo, su derecho a intervenir en su propio gobierno, y reconocía además la existencia de unos derechos inherentes a la dignidad humana. Esto es lo que se hace en Cádiz en 1812 y esto lo apoyan civiles y militares.

Esta es la causa en la cual se inscribe la figura de Riego. Cuando Riego se alza en Cabezas de San Juan el 1º de enero de 1820, no es un militar ambicioso, no es un temerario aventurero, es un hombre que está dominado y dirigido por viejas ideas, a las cuales ha permanecido fiel en contacto con esos españoles, y que se propone restaurar el régimen de la Constitución de Cádiz. Eso explica por qué tiene éxito el alzamiento de Riego. Si Riego hubiera sido un mero insurrecto, hubiera sido aplastado. De hecho, su alzamiento había fracasado como tal, pero no había fracasado el sentimiento de que se había presentado una oportunidad para restaurar un régimen liberal, empezaron a pronunciarse jefes militares en distintas regiones, y Fernando VII se vio obligado a retroceder, a restaurar la Constitución con muy poca buena voluntad, y a pretender abrir un camino nuevo para España, que fue lo que determinó el llamado Trienio Liberal, de 1820 a 1823.

Esos sucesos tenían que repercutir en América con vastas consecuencias. ¿Quiénes eran los libertadores? Eran los liberales de América. Compartían las mismas ideas, muy parecidos eran sus propósitos. No había diferencia de fondo entre ellos. Podía haberla en la forma de autonomía que se iba a alcanzar, que los españoles liberales la podían concebir dentro de una monarquía constitucional común, y que los hispanoamericanos, después de que comenzó la lucha, no la concebían sino a base de la independencia absoluta. Pero esto no cambiaba el fondo de la cuestión. Había un sentimiento de identidad.

Abundan los documentos reveladores. En este sentido tiene un gran valor la carta que el General Mariano de Renovales le dirige al Libertador en 1827, tres años antes del alzamiento de Riego. Renovales era un liberal que se había marchado de España, después de haber luchado heroicamente contra la invasión francesa, desencantado e indignado por la restauración del absolutismo. Renovales dice en su conmovedora carta que lo que se propone es continuar luchando “contra nuestro común tirano”, y añade, de modo esclarecedor, que en su decisión de combatir al lado de Bolívar no encuentra contradicción con su condición de jefe militar español: “En esta mi decidida resolución nada se ha mudado sino el campo de batalla, mis banderas y mis enemigos son siempre los mismos, mis enemigos son todos los que apoyan el despotismo español, y mis banderas las que se tremolan por la causa de la libertad”.

Es fascinante seguir en "El Correo del Orinoco" el flujo de las noticias con respecto al alzamiento de Riego. La primera que aparece en "El Correo" es de marzo de 1820, tres meses después del suceso. La forma en que reaccionan los patriotas venezolanos en Angostura es muy reveladora del estado de ánimo. Ellos piensan que ha cesado el motivo de la guerra, que está abierta la posibilidad de la reconciliación, que va a surgir una nueva España coincidente con lo que ellos quieren crear en América, que va a ser posible poner fin a la guerra, entenderse y establecer una relación nueva a base del reconocimiento de la independencia para la colaboración posterior. También publican documentos del alzamiento, que toman allí una significación muy especial, como la proclama en que el General Quiroga le dice a sus soldados: "Estábais destinados a la muerte, no para realizar la conquista ya imposible de América". Llama a esa lucha: "impía, impolítica y fratricida", para finalmente definirla como "una guerra tan asoladora, como injusta y ridícula". Para Quiroga el verdadero enemigo estaba dentro y era contra él con quien había que luchar. Todo esto revelaba una afinidad sorprendente de sentimientos y de concepciones, que se manifiesta de un modo emocionante en el encuentro de Bolívar con Morillo.

Aquel encuentro no era el de dos enemigos sino, como dice la teología moderna, el de hermanos separados. Fue un encuentro efusivo, emocional, lleno de contento y hasta de pesar por haber tenido que llegar a disputar por las armas lo que pudo haberse arreglado por la razón. Juntos levantaron un monumento para conmemorar ese nuevo renacer de esperanzas.

Tenemos otro testimonio muy elocuente que muestra hasta qué punto las ideas liberales habían penetrado en la mentalidad y el sentimiento de los principales jefes españoles en el hemisferio americano. Es fácil advertirlo en la Campaña del Perú en 1824. En esa Campaña se ve perfectamente claro cómo las fuerzas españolas estaban divididas en dos bandos distintos. Estaban los liberales, que estaban representados por el Virrey La Serna y por los Generales Canterac, Valdés y Monet, que muy reveladoramente fueron después grandes próceres de la causa liberal en España. No hay que olvidar tampoco que el personaje más importante del liberalismo español en el siglo XIX fue un oficial que pasó años en América y que regresó a su país en vísperas de Ayacucho, que es el General Espartero.

En cambio, estaba allí Olañeta, que representaba el absolutismo, y es evidente que para hombres como La Serna más enemigo es Olañeta que Bolívar y Sucre. Eso explica muchas cosas insólitas. Aquel hecho único por el cual, cuando los dos ejércitos están formados en orden de batalla en el campo de Ayacucho, ocurre algo que no ha ocurrido en ningún combate del mundo. Uno de los jefes españoles, el General Monet, hace avisar a las fuerzas patriotas que él quiere salir de filas para saludar a un jefe de la otra fila. Se da la autorización, y el General Monet y el General Córdova, acompañados cada uno por otros oficiales, se abrazan frente a las tropas y se retiran luego a sus posiciones para iniciar el combate. Esto explica, igualmente, por qué cuando Ayacucho termina con una victoria evidente de los patriotas, ocurre otra cosa insólita. Se firma una Capitulación. Las Capitulaciones se acuerdan para evitar el combate, y nunca después de concluida la lucha con la victoria de uno de los adversarios. ¿Por qué se firma una Capitulación después de Ayacucho? Porque Sucre y Bolívar no veían en aque-

llos militares españoles a gente extraña y enemiga con la cual no tenían nada en común, sino a seres que compartían con ellos ideales comunes, a los que había que dar un tratamiento excepcional y un reconocimiento que sólo se daba a fuerzas iguales para evitar un encuentro sangriento.

A mí me parece que todo esto configura, en torno al hecho de Riego, una visión de la historia de la independencia que merece ser tomada en cuenta. Ha habido mucho patriotismo del lado de España y del lado de América para comprender este proceso tan complejo. Hemos dejado de ver el conjunto para ver el detalle aislado y parcial que no tiene sentido considerado aisladamente.

Habría que remontarse a una dimensión mucho más alta y más amplia para ver que todo aquello fue un proceso unitario y homogéneo que abarcó la totalidad del mundo hispánico, que planteó en términos de guerra civil, latente y luego abierta, la lucha entre liberales y absolutistas, entre constitucionales y serviles, en el escenario español y en el escenario americano. En el fondo la causa era la misma y el enemigo verdadero el mismo.

La guerra de independencia no destruyó los vínculos de la América con España, destruyó formas institucionales contrarias a la autonomía, pero sirvió para demostrar otra cosa no menos importante, y era que aquellos vínculos no consistían en unas instituciones impuestas sino que obedecían a una comunidad fundamental de civilización, de cultura y de historia, y esa comunidad no se destruye con la guerra sino que se afirma con ella porque demostró que era una realidad indestructible.

Esa visión es la que debemos retomar los hombres de hoy para reconsiderar todo ese proceso tan complejo y tan rico en tantos aspectos para que todos juntos nos percatemos de que sigue ofrecida y abierta la empresa de unir a la gran familia hispánica, de ponernos todos juntos, dentro de nuestras respectivas independencias y autonomías, a trabajar por una gran causa común que nos pertenece a todos.

Señores Académicos,

Señoras y Señores:

El año de 1835 llegó a España el General Carlos Soublette que iba comisionado por el gobierno de Venezuela para tratar de obtener el reconocimiento de la independencia por parte del Gobierno español, que mucho se retardó.

El General Soublette desembarcó en La Coruña. El Capitán General de la región militar era el General Pablo Morillo, el antiguo jefe expedicionario en Venezuela. Morillo, tan pronto supo la llegada de Soublette, lo fue a buscar y lo alojó en su casa. Y cuenta la tradición que con sus hábitos de viejo militar, muy temprano en la mañana tocaba a la puerta del cuarto de Soublette y le decía, con un tono de cálido afecto: "Levántese el insurgente".

Ahora tendríamos que decir: "Levántense España y la América española juntas". Levántese el mundo ibérico, para que juntos marchemos a la conquista de un porvenir que nos está ofrecido y que no hemos alcanzado por no darnos cuenta de todo lo que podemos hacer juntos para lograrlo.